

Introducción al monográfico
***Investigación-acción participativa en
psicología comunitaria: una herramienta
para entender la diversidad humana***

Manuel García-Ramírez

Universidad de Sevilla

Fabrizio Balcázar

Yolanda Suárez-Balcázar

University of Illinois at Chicago

La psicología comunitaria surgió como respuesta a las limitaciones prácticas y teóricas de la psicología clínica tradicional. Desde un principio asumió un enfoque contextual con el fin de apartarse de modelos de patología individual que tendían a echarle la culpa a las víctimas por sus problemas (Ryan, 1971). El otro interés era promover la prevención, pues los sistemas de servicios existentes no tenían la capacidad para servir a todos los que necesitaban ayuda, particularmente poblaciones minoritarias, marginadas y pobres. Desde su aparición, la psicología comunitaria apuesta por una perspectiva positiva y proactiva en la que los individuos y comunidades son considerados parte de la solución – superando el modelo de deficiencia en el que personas y comunidades solo tienen problemas y los científicos y profesionales los remedian (Sue, Ito y Bradshaw, 1982). En España, la aproximación comunitaria ha tenido un desarrollo desigual en el ámbito universitario (véase Sánchez, 1988; Marín, Chacón y Martínez, 1989; Martín, 1998 entre otros) y se ha consolidado como una disciplina orientada a la intervención en el ámbito de los servicios sociales bajo la denominación de Psicología de la Intervención Social (véase por ejemplo el monográfico de *Apuntes de Psicología*, 1997, vol. 49-50; Barriga, León y Martínez, 1987 y López-Cabanas y Chacón, 1997). Nosotros nos referiremos a Psicología Comunitaria y de la Intervención Social (PCIS) para recoger ambas orientaciones.

Centrándose en su metodología, Wandersman (2003) ha resumido el curso que ha seguido la psicología comunitaria refiriéndose a tres aspectos: a) la influencia que el enfoque de la calidad de vida comunitaria ha tenido en los métodos y estrategias de inves-

Dirección del primer autor: Departamento de Psicología Social. Facultad de Psicología, c/Camilo José Cela, s/n. 41018 Sevilla. *Correo electrónico:* magarcia@us.es

Recibido: noviembre 2003. *Aceptado:* diciembre 2003.

tigación e intervención; b) el desarrollo de métodos científicos complementarios a los tradicionales (por ejemplo, investigación cualitativa), y c) la combinación de los procesos de investigación e intervención en un proceso único. Los avances realizados en metodología participativa, específicamente los que se derivan de la Investigación Acción Participativa (IAP), han tenido un importante papel en esta evolución y tienen una presencia significativa en el debate actual sobre metodología en las *ciencias de la comunidad* (para más detalles, véase, Reason y Bradbury, 2001; Jason Keys, Suárez-Balcázar, Taylor y Davis, 2004; el monográfico sobre “Action-Research” en el *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 2003, 13, y la sección especial “Science and Community Psychology”, en el *American Journal of Community Psychology*, 2003, 31 (3-4).

Este monográfico de *Apuntes de Psicología* recoge una perspectiva internacional de dicho debate, y discute algunas de sus propuestas y aplicaciones a problemas sociales de nuestro tiempo. En esta introducción definimos el objeto actual de la PCIS y las razones que explican el auge adquirido por los métodos y estrategias de investigación e intervención participativas. Finalmente se justifican las contribuciones que componen esta monografía.

¿Qué entiende la PCIS por potenciar la calidad de vida en grupos y comunidades?

En PCIS la calidad de vida es el resultado de un proceso a través del cual las personas y grupos adquieren legitimidad para compartir recursos e igualdad para contribuir en la toma de decisiones públicas y privadas (Boog, 2003). Una visión positiva de la diversidad humana y la perspectiva psicosocial de la opresión, le ha permitido avanzar hacia modelos explicativos que exaltan la emancipación de los grupos sociales y el desarrollo de estrategias de intervención basadas en el incremento de poder y la participación comunitaria (Dalton, Elias y Wandersman, 2001).

Partiendo del modelo de deficiencia, el concepto de diversidad fue evolucionando hacia una perspectiva contextual y dinámica que permitió observarla desde la dialéctica de las relaciones intergrupales (véase Trickett, Watts y Birman, 1994 y Bourhis y Leyens, 1996). Históricamente, diversidad fue asociada con pobreza y privación, y se asumía que los individuos pobres y pertenecientes a grupos minoritarios, carecían de cultura o motivación para llevar a cabo una vida exitosa y contribuir al progreso social. Estas creencias eran reforzadas científicamente porque los estándares de evaluación y diagnóstico eran diseñados sin considerar poblaciones minoritarias. Además, las estrategias de intervención eran orientadas a satisfacer aquellas necesidades que, debido a su insolvencia, no podían atender. En definitiva, el concepto de diversidad estaba asociado al de inferioridad, y la investigación e intervención orientada a su “asistencia” y “normalización” (Trickett, Watts y Birman, 1994).

Posteriormente, la sensibilidad adquirida en las ciencias sociales sobre derechos humanos y explotación social, legitimó el concepto de *opresión* como tópico de interés para los psicólogos comunitarios. La opresión fue definida en términos de “un estado basado en relaciones interpersonales asimétricas, construidas sobre diferencias que constituyen

rasgos de diversidad (cultura, etnia, género, clase social, enfermedad o minusvalía, edad) y caracterizadas por la dominación y la subordinación (Prilleltensky y Gonick, 1994; Watts y Serrano-García, 2003). Como respuesta, la PCIS se propuso incrementar la calidad de vida de los grupos oprimidos posibilitando la aserción de su identidad, restituyéndoles el derecho a definir metas, reconociendo sus peculiaridades como fuentes de recursos, promoviendo su participación en las decisiones comunitarias e incrementando su responsabilidad social en el reparto de bienes (Dalton *et al.* 2001).

¿Son suficientes los métodos tradicionales de investigación e intervención en PCIS?

Consistente con lo anterior, la PCIS asumió que la investigación debía: a) estar estimulada por las necesidades de las comunidades, b) definirse como un intercambio de recursos, c) constituir una herramienta para la realización y evaluación de la acción social y d) generar productos útiles para las comunidades. En consecuencia pretende que individuos, grupos y comunidades accedan a: 1) definir y priorizar los problemas sociales, 2) desarrollar estrategias encaminadas a prevenirlos y solucionarlos, y 3) participar activamente en su afrontamiento (Price y Cherniss, 1977; Seller, Price, Reinharz, Riger y Wandersman, 1984, Kelly, 1986). En resumen, la PCIS ofrece herramientas a los miembros de comunidades y grupos oprimidos para llevar a cabo la transformación de su realidad social.

Para lograrlo ha sido necesario superar importantes barreras y desarrollar métodos de investigación e intervención innovadores. Dos importantes retos lo han constituido el sesgo grupal de los investigadores y las relaciones de poder implícitas en las cuestiones sociales.

Influencia de la perspectiva personal y grupal de los investigadores comunitarios en su quehacer científico. El científico comunitario forma parte del debate social y su posición está modulada por sus propios valores. Como consecuencia del sesgo endogrupal, puede tender a homogeneizar a las personas pertenecientes a grupos diferentes al suyo y no establecer suficientes diferencias entre ellos. Además, su posición social puede conducirle a definir los problemas sociales sin considerar suficientemente los presupuestos y valores de otros grupos y comunidades (Kelly, Azelton, Burzette y Mock, 1994; Sarason, 2003). Consecuentemente, la investigación en PCIS ha debido esforzarse por evitar el sesgo endogrupal y la perspectiva etnocentrista, fomentando relaciones de reciprocidad entre investigadores y comunidades implicadas en la investigación.

Las cuestiones sociales están dominadas por relaciones de poder. Generalmente, los problemas son definidos en base a los intereses de grupos dominantes, que son –además– quienes definen los términos del debate social. Sin embargo, la posición adoptada en PCIS exige identificar la perspectiva ignorada de los grupos oprimidos y desarrollar una investigación dirigida a incrementar su poder, incluyendo las experiencias de los más aislados y débiles, que suelen ser grupos silenciados incluso por sus colectivos de pertenencia. A menudo, los criterios para definir los grupos oprimidos son establecidos por el grupo opresor, y refieren sus aspectos vulnerables y limitaciones, que permiten una identifica-

ción orientada su dominación y control; no su desarrollo y autodeterminación. Sin embargo los grupos y comunidades tienen normas y mecanismos para establecer su identidad a través de mecanismos propios de identificación y pertenencia (Montero, 1998). La investigación en PCIS debe definir los grupos a partir de sus límites simbólicos e identitarios naturales, para lo cual, debe esforzarse en describir metodologías que permitan identificar qué es lo que los grupos y comunidades valoran, cuáles son sus fortalezas y qué rutas y estrategias eligen para responder a sus desafíos personales y grupales.

Enfrentarse a estos retos ha requerido desarrollar métodos de análisis que enfatizan la inclusión de los usuarios, grupos y comunidades como agentes activos de los procesos de investigación y acción. Wandersman (2003) justifica la necesidad de garantizar la participación de los implicados en los procesos de investigación y acción, debido a que los presupuestos de la PCIS son incompatibles con una posición pasiva de las comunidades en el desarrollo del conocimiento científico; requiriéndose que éstas ejerzan el derecho y la responsabilidad de representarse a sí misma en la elección de las estrategias de afrontamiento de sus problemas. La evidencia científica ha puesto de manifiesto que las decisiones comunitarias que incluyen el punto de vista de los participantes y usuarios son de más calidad y tienen más impacto, porque los grupos comunitarios tienen un conocimiento sobre las cuestiones sociales que es complementario al del profesional e investigador, y porque las personas y grupos se implican más intensamente cuando tienen la oportunidad de influir en las decisiones (véase Wandersman y Florin, 2000 y Taylor *et al.* 2004). En definitiva, la investigación participativa permite realizar una investigación más relevante, de más calidad y con más impacto.

¿Por qué la IAP es útil para la PCIS?

La IAP se ha convertido en una poderosa herramienta para comprender las conexiones de los individuos con sus contextos, así como para desarrollar estrategias de intervención y prácticas dirigidas a promover bienestar y calidad de vida entre las comunidades. Representa un subdominio de la investigación participativa, la cual incluye un amplio rango de aproximaciones para desarrollar investigaciones en las que se otorga un papel activo a las comunidades con el fin de incrementar su poder y voz (Prillestensky y Nelson, 2002; Stoecker, 1999); su especificidad consiste en que promueve la conciencia sociopolítica, facilita la acción social y otros tipos de cambio sistémico y social (véase Balcázar en este número).

La IAP engloba un importante número de actividades relacionadas con la investigación e intervención características de la PCIS. Así, captar ciudadanos para participar como miembros activos en la creación, prestación y mejora de servicios sociales, evaluación de programas, educación, recogida de datos, interpretación de resultados, y disseminación de los productos y hallazgos de la investigación, son actividades que le son propias. Algunas de sus principales aportaciones son:

a) Provee un papel igualitario a investigadores y participantes. Uno de los aspectos fundamentales de la IAP es que se dirige a implicar activamente a los grupos comunitarios

y a sus miembros en el proceso de investigación. En esencia, busca proveer de sentido a la gente para restablecer poder y control en sus propias vidas como miembros de una comunidad (Balcázar, Keys, Kaplan y Suárez-Balcázar, 1998). Las barreras formales entre los roles tradicionales (investigadores, planificadores, usuarios, profesionales) son minimizadas, de manera que todos los implicados pueden asumir una gran variedad de responsabilidades.

b) Fomenta relaciones de colaboración. Kelly *et al.* (2003) ha empleado los principios de la IAP para urgir a los profesionales a unirse en relaciones de colaboración a largo plazo con personas y lugares. Por estar activamente implicados en la planificación de programas de intervención, los usuarios reciben apoyo, aprenden a identificar recursos, y adquieren habilidades para afrontar y gestionar sus retos y problemas. Esta aproximación también ayuda a crear y evaluar lugares que provean a los individuos de oportunidades para continuar recibiendo apoyo cuando el programa han terminado y facilita la colaboración con los líderes de la comunidad.

c) Asegura la voz de los colectivos oprimidos. En contraste con los modelos tradicionales de investigación, en los cuales los profesionales generan sus propias ideas sobre las preguntas de investigación o sobre los servicios que los clientes necesitan, la aproximación participativa responsabiliza a los participantes en la tarea de dar forma a las preguntas de investigación y a los servicios comunitarios; además, los participantes deben implicarse en identificar los criterios y pautas con las que estos servicios deben ser evaluados. Se genera así una relación igualitaria entre investigadores y miembros de la comunidad, que provee un lenguaje común para compartir y divulgar la información, de manera que todos los implicados amplían y enriquecen su comprensión y conocimiento de los problemas sociales. Este tipo de reflexión es un componente central de las relaciones entre investigadores y participantes en cualquier tipo de aproximación participativa (Bradbury y Reason, 2001).

d) Amplía la perspectiva del paradigma positivista. Tradicionalmente, la investigación enfatiza la consecución de metas dirigidas a los participantes y usuarios locales a través de estrategias derivadas del paradigma positivista. La idea de *qué* es conocimiento es ampliada, incluyendo epistemologías alternativas que incluyen formas de conocimiento representacional, experiencial, y popular (Bradbury y Reason, 2001). Esta conceptualización de diferentes formas de conocer y capturar diferentes clases de conocimiento puede proveer importantes evidencias acerca de la efectividad de las intervenciones, programas y servicios sociales.

e) Resalta e incrementa las fortalezas de los grupos. La IAP anima a los participantes a reconocer, usar y promover sus propias fortalezas y recursos para lograr sus metas, así como las fuerzas y el poder de sus comunidades. Estas características son consistentes con los principios de la PCIS. Contrariamente a la aproximación tradicional de la intervención, que implica el diagnóstico de una patología y una propuesta de superación a través de la modificación de pensamientos o conductas, la aproximación basada en el incremento de poder y en las fortalezas capitaliza las fortalezas internas y externas, apoyos y recursos de los grupos y personas. La IAP se centran en desarrollar identidades de autogestión individuales o colectivas, permitiendo a los ciudadanos asumir poder y control acerca de las decisiones, ocupaciones y roles en sus vidas.

Contribuciones del monográfico

En el primer trabajo, Fabricio Balcázar provee una revisión de los principios y retos de la IAP tal como es empleada en la PCIS, incluyendo características epistemológicas e ideológicas, así como estrategias para su implementación. IAP se origina en las propuestas de Kurt Lewin (1946) quien resalta el papel del psicólogo social como agente de intervención y cambio, en las de Fals-Borda, Bonilla y Castillo (1972) quienes resaltan el compromiso político con los grupos oprimidos y en las propuestas valorativas de Nelson, Prilleltensky y MacGillivray (2001). Este trabajo ofrece una guía de acción para su planificación y realización y discute algunos retos y dificultades prácticas y metodológicas del proceso. Finalmente, Balcázar valora la necesidad de profundizar en el entrenamiento de los futuros investigadores en la efectiva utilización de metodologías basadas en la IAP.

Una de las críticas más intensas formulada a la IAP es que, al dejar en manos de los grupos y comunidades un gran número de decisiones sobre el proceso de investigación, carece de rigor científico. Este tema es abordado en el trabajo de Suchowierska y White quienes partiendo del análisis de los estudios realizados sobre discapacidad, discuten cómo la falta de rigor de algunos estudios que emplean metodología IAP, no está relacionada con sus características colaborativas. Además propone y revisa una serie de pautas para evaluar el rigor científico y la naturaleza colaboradora de las IAP.

Como consecuencia de esta falta de rigor científico atribuida y a su alejamiento de la falta de ortodoxia respecto al paradigma positivista, la IAP no ha sido considerada como una estrategia metodológica adecuada para la investigación académica. Esto ha llevado a que muchos investigadores universitarios se hayan visto obligados a buscar una difícil compatibilidad de intereses entre academia y comunidad. Este es un tema recurrente que, debido a los cambios en los que está inmersa nuestra comunidad universitaria, obliga su inclusión en éste monográfico. Sánchez Vidal hace una reflexión abierta sobre el uso práctico de conocimiento a partir de un estudio sobre sentimiento de comunidad, realizado en un barrio muy cohesionado de la ciudad de Barcelona. Extrae conclusiones de la experiencia y de sus resultados, reflexionando sobre los aspectos críticos del proceso de generación, difusión y uso práctico de conocimiento; todo ello contemplado como un conflicto de *lealtades psicológicas*.

Los siguientes dos trabajos son revisiones sobre el empleo de la IAP en dos problemas sociales de gran relevancia social. Por un lado, Nelson Portillo revisa el problema de la violencia juvenil asociado al fenómeno de las pandillas. La violencia en la juventud y su asociación al fenómeno de las pandillas, especialmente asociada a contextos vecinales deprimidos, ya es un problema de significativa importancia en nuestra sociedad. Portillo revisa este fenómeno desde la realidad de su país El Salvador, donde representa uno de los fenómenos sociales más dramáticos de su historia reciente. Como valor añadido, el artículo revisa las fortalezas y debilidades de diferentes técnicas cualitativas para su aprovechamiento en investigaciones participativas. A continuación Milburn, Rotheram-Borus, Kanouse y Bing, realizan una revisión sobre la aplicación de la IAP a la problemática asociada a las personas enfermas de Sida. Este artículo analiza cómo la IAP puede distinguirse de otros diseños de investigación, qué métodos utiliza más frecuentemente y cómo

se aplica en intervenciones de salud tanto en los Estados Unidos como en el ámbito internacional. Como valor añadido, este trabajo responde a algunas cuestiones críticas en la investigación comunitaria realizada sobre grupos minoritarios en situaciones de debilidad, los relacionados con la diversidad cultural, la desconfianza hacia los investigadores y la falta de amenaza percibida. Estos tres problemas son abordados con éxito desde la IAP.

Cuatro experiencias completan el monográfico. El trabajo de Horen, Perry y Woodbridge presenta la prevención de la violencia en un barrio de Washington (USA). El proyecto que realizaron constituía una alternativa a los diferentes proyectos que anteriormente habían sido implementados sin éxito. Explican como la inclusión de estrategias basadas en la IAP contribuye a garantizar la adhesión al proceso. Además, abordan uno de los temas centrales en investigación participativa: la elección de los interlocutores comunitarios. Una importante amenaza en los procesos de IAP es la dificultad de identificar los verdaderos líderes naturales comunitarios, capaces de influir de manera efectiva en los potenciales usuarios. La elección equivocada puede conducir a consecuencias opuestas a las esperadas, ya que líderes falsos pueden silenciar a los verdaderos grupos oprimidos. Esta preocupación también es abordada por Osuna y Luque-Ribelles y aplicada a la problemática de género. En este trabajo, además, se describe el proceso a través del cual la IAP facilita que los profesionales de la PCIS de los servicios comunitarios puedan ayudar a grupos silenciados y oprimidos a identificar y formar líderes naturales para promover su participación política, constituir asociaciones y desarrollar coaliciones para adquirir mayor capacidad de influencia social. Por su parte Suárez-Balcázar y García-Ramírez, aplican la IAP para fomentar el uso de la tecnología informática entre grupos oprimidos, aplicado a un barrio urbano empobrecido de Chicago (USA). Con esta experiencia se quiere resaltar la importancia de prevenir nuevas formas de exclusión social asociadas al acceso desigual de las nuevas tecnologías. Se aprovecha para abordar el viejo problema en intervención comunitaria que supone el exceso de confianza en los recursos técnicos, lo cual, puede conducir a una tecnocracia alienante y empobrecedora. Se resalta la exigencia de mirar hacia los recursos y servicios existentes, confiar en los recursos humanos y en las fortalezas de los grupos y colectivos oprimidos para realizar la IAP.

El último trabajo ilustra el empleo de la IAP para evaluar las necesidades de un colectivo que comparte metas, expectativas y barreras al tiempo que desarrollan sentido de comunidad y participan en la solución de sus problemas. García-Ramírez, Martínez, Albar, Dugo, Santolaya y Grimaldi analizan los retos a los que se enfrentan los profesionales de la Red Pública de los Servicios Sociales Comunitarios de Andalucía para ofrecer servicios de calidad a la comunidad. Se pone de manifiesto como la IAP debe ocupar un papel central en el desarrollo de herramientas útiles para que los profesionales puedan reajustar los servicios a los nuevos requerimientos, así como aprovechar el potencial que ofrece el desarrollo de las ciencias de la comunidad y las nuevas tecnologías. Su inclusión pretende conformar un conjunto de líneas futuras de investigación que animen a investigadores universitarios, profesionales de los servicios y líderes comunitarios, a establecer relaciones de cooperación para la realización de estudios relevantes académica y socialmente.

Referencias

- Balcázar, F. E., Keys, C. B., Kaplan, D. L. y Suárez-Balcázar, Y. (1998). Participatory Action Research and people with disabilities: Principles and challenges. *Canadian Journal of Rehabilitation, 12*, 105- 112.
- Barriga, S., León, J. M. y Martínez, F. (1987). *Intervención psicosocial*. Barcelona: Hora.
- Boog, B. W. M. (2003). The Emancipatory Character of Action Research, its History and the Present State of the Art. *Journal of Community & Applied Psychology, 13*, 426- 438.
- Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P. (1996). *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*. Madrid: McGraw Hill. (Edición española coordinada por J. F. Morales y D. Páez).
- Bradbury, H. y Reason, P. (2001). Conclusion: Broadening the bandwidth of validity: Issues and choice-points for improving the quality of action research. En P. Reason y H. Bradbury (Eds.), *Handbook of Action Research: Participative Inquiry and Practice*. Londres: Sage.
- Dalton, J. H., Elias, M. J. y Wandersman, A. (2001). *Community psychology: Linking individuals and communities*. Belmont, CA: Wadsworth/ Thomson Learning.
- Fals-Borda, O., Bonilla, V., y Castillo, G. (1972). *Causa popular, ciencia popular*. Bogotá: Publicaciones de La Rosca.
- Jason, L. A., Keys, C. B., Suárez-Balcázar, Y., Taylor, R.R. y Davis, M. I. (2004). *Participatory Community Research: Theories and Methods in Action*. Washington: APA Books (en prensa).
- Kelly, J.G. (1986). Context and process: An ecological view of the interdependence of practice and research. *American Journal of Community Psychology, 14*, 581-589.
- Kelly, J. G. (2003). Science and Community Psychology: Social Norms for Pluralistic Inquiry. *American Journal of Community Psychology, 31* (3-4), 213-219
- Kelly, J. G., Azelton, L. S., Burzette, R. G. y Mock, L. O. (1994). Creating social settings for diversity: An ecological thesis. En, E. J. Trickett, R. J. Watts, y D. Birman (Eds.), *Human diversity: Perspectives on people in context* (págs. 424- 451). San Francisco: Jossey-Bass.
- Lewin, K. (1946). Action research and minority problems. *Journal of Social Issues, 2*, 34-46.
- López-Cabanas, M. y Chacón, F.(1997). *Intervención psicosocial y servicios sociales. Un enfoque participativo*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Marín, A., Chacón, F. y Martínez, F. (1989). *Psicología comunitaria*. Madrid: Visor.
- Martín, A. (1998). *Psicología comunitaria. Fundamentos y aplicaciones*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Montero, M. (1998). La comunidad como objetivo y sujeto de acción social. En A. Martín (Ed.), *Psicología comunitaria. Fundamentos y aplicaciones*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Nelson, G., Prilleltensky, I. y MacGillivray, H. (2001). Building value-based partnerships: Toward solidarity with oppressed groups. *American Journal of Community Psychology, 29* (5), 649- 677.

- Price, R. y Cherniss, C. (1977). Training for a New Professions: Researches at Social Action. *Professional Psychology*, 8, 222-231.
- Prilleltensky, I. y Gonick, L. S. (1994). The discourse of oppression in the social sciences: Past, present, and future. En E. J. Trickett, R. J. Watts, y D. Birman (Eds.), *Human diversity: Perspectives on people in context* (págs. 145-177). San Francisco: Jossey-Bass.
- Prilleltensky, I. y Nelson, G. (2002). *Doing psychology critically: Making a difference in diverse settings*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Reason, P. y Bradbury, H. (2001). *Handbook of Action Research: Participative Inquiry and Practice*. Londres: Sage.
- Ryan, W. (1971). *Blaming the victim*. Nueva York: Random House.
- Sánchez, A. (1988). *Psicología comunitaria. Bases conceptuales y métodos de intervención*. Barcelona: PPU.
- Sarason, S. B. (2003). The Obligations of the Moral-Scientific Stance. *American Journal of Community Psychology*, 31 (3/4), 209-213.
- Stoecker, R. (1999). *Are Academics Irrelevant? Roles for Scholars in Participatory Research*. Annual Meeting of the American Sociological Association.
- Sue, S., Ito, J. y C. Bradshaw. (1982). Ethnic Minority Research. En E. E. Jones y S. J. Korchin (Ed.), *Minority Mental Health*, Nueva York: Prager.
- Trickett, E. J., Watts, R. J. y Birman, D. (1994). *Human Diversity: Perspectives on People in Context*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Taylor, R. R., Jason, L. A. Keys, C. B., Suárez- Balcázar, Y., Davis, M. I., Durlak, J. e Isenberg, D. H. (2004). Capturing Theory and methodology in Participatory Research. En Jason, L. A., Keys, C. B., Suárez-Balcázar, Y., Taylor, R.R. y Davis, M. I. (2004), *Participatory Community Research: Theories and Methods in Action*. Washington: APA. Books (en prensa).
- Wandersman, A. y Florin, P. (2000). Citizen Participation and Community Organizations. En J. Rappaport y E. Seidman (Eds.), *Handbook of Community Psychology* (págs. 247-272). Nueva York: Plenum Press.
- Wandersman, A. (2003). Community Science: Bridging the Gap Between Science and Practice With Community Centered Models. *American Journal of Community Psychology*, 31 (3/4), 227-243.

